

Santiago, 18 de Febrero de 1982.

Señor
Eduardo Keenig C.
Casilla 325
ANTOFAGASTA.

Estimado Eduardo,

su carta me ha arrancado lágrimas, y a mi mujer, y a mis hijos también. Nos estamos poniendo llorones. ¿Serán los años? ¿O las circunstancias tan amargas que nos ha tocado vivir? Cuando veo que los muchachos también lloran, pienso que no es chochera de viejos sino la expresión del profundo dolor que muchos chilenos -no embolinados con el consumismo ni confundidos con la propaganda- llevamos en lo más hondo de nuestros seres.

Suscribo todo lo que Ud. expresa, con tanto sentimiento, sobre la muerte de Eduardo. Ha sido un golpe tremendo. Y uno se pregunta ¿Por qué, Señor? Estaba tan bien después de su último viaje; aparecía rebosante de salud, confiado, optimista, siempre dispuesto a seguir luchando... Nadie habría podido imaginar que dos meses después Dios se lo llevaría. Conversando con el Cardenal, a quien visité para expresarle nuestra emoción y gratitud por sus palabras, él me decía que debemos aceptarlo como un designio inescrutable de la voluntad divina. Si Dios lo ha querido, por algo será. Tal vez Dios eligió a su hijo Eduardo, el mejor de los chilenos, para que diera ahora su vida como un sacrificio más por su Patria, para que los chilenos entendamos, para que despierten las conciencias...

Algo de lo que sucedió en esos días, en los funerales y de lo que ha ocurrido después, parece indicar que no es una hipótesis desacertada. Es claro que, a pesar del silenciamiento que el régimen ha tratado de imponer y de su intento ~~de~~ cínico de aparentar "duelo", el país fué conmovido por la muerte de Eduardo. En todo Chile se lo lloró y se le sigue llorando. La multitud que concurrió a sus funerales fué impresionante. Y el despliegue de jóvenes que acudieron a hacerle guardia y acompañarlo esos tres días, desde su fallecimiento hasta su entierro, significa mucho. Y más aún, si se puede, un sentir generalizado -de volver a las fuentes, de renovación espiritual, de mirar hacia el Padre y tratar de ser cristianos de verdad- que, a raíz de la muerte de Eduardo, una empieza a advertir en mucha gente.

Tiene Ud. razón cuando dice que Frei nos dejó un legado -de tarea, de compromiso, de trabajo, de capacidad creadora para Chile- que a todos nos obliga. Yo, naturalmente, estoy dispuesto a cumplir mi parte en las obligaciones que ese legado nos impone.

No conocía las palabras -que otra vez me hicieron llorar-, que Ud. relata en su carta. Eduardo me honró con una gran amistad. Eramos amigos que nos queríamos de verdad. Más que un hijo, yo me sentía su hermano -solo ocho años nos separan- y lo veía -yo que desde niño me acostumbré a ser el mayor de mis hermanos- como el "germano mayor".

No correspondería del mismo modo a la sinceridad de sus palabras, si me fuera por sorprendido con ellas. Comprendo que la muerte de Eduardo me impone una responsabilidad especial. No se trata de "liderazgo" ni nada parecido. Nada que tenga tinte personalista ni entrañe búsqueda de "poder". Más bien algo que diga relación con lo que Ud. llama con acierto "la conciencia" del Partido. No es que yo deba ni pueda "ser" esa conciencia, sino más bien el tábano que la despierta. Comprendo que esto es lo que esperan de mí muchos miembros de camaradas de todo Chile, cuya confianza me compromete especialmente. Tengo la obligación de no defraudarlos.

Créame que siento esto como una tremenda carga, superior a mis fuerzas. Un peso que sólo con la ayuda de Dios podré asumir adecuadamente. Es tan grande la distancia que me separa de Eduardo. Se perfectamente que no le llego a los talones. Frei era un hombre absolutamente fuera de serie. Un prestigio como el suyo -ningún otro chileno en este siglo -salvo la Mistral y Neruda, y tal vez algunos otros artistas, en sus respectivos campos- ha tenido el peso y prestigio mundial de Eduardo Frei. Su cultura, su inteligencia, su agilidad mental, aparte de sus virtudes morales y de su calidad humana, hacen de él un ejemplo de otra categoría. Por eso el papel suyo no puede ser cumplido por uno sólo; será necesario el trabajo y consagración de muchos para acercarse a lo que él hacía.

Lo peor es que estoy entre confundido y abrumado. No tengo claras las ideas. Se muy bien que necesitamos dar un testimonio de autenticidad, de consecuencia con nuestros principios, de lealtad al Evangelio. ¿Cómo? ¿qué debemos "hacer" para dar ese testimonio? Pido al Señor que me ilumine.

Gracias, Eduardo, por su confianza. A propósito: no me diga más "don". Me hace sentirme muy viejo. Espero que con muchos como Ud. y yo, a lo largo y ancho de nuestra tierra, podamos constituir los equipos que hacen falta para movilizar la conciencia, no sólo de los D.C., sino también de la mayoría de los chilenos.

¡Dios nos ayude!

Espero su visita a comienzos de Marzo. Entretanto, un cordial saludo para Ud. y los suyos de su camarada y amigo